

HACIA UNA PROGRAMACIÓN DE LA LENGUA Y LA LITERATURA

Tradicionalmente, el Programa (del griego *Πρόγραμμα*, descripción previa), en un sentido amplio, era considerado como un esbozo de una serie de actividades que, por distintas causas iban a tener lugar; y en sentido estricto del ámbito educativo era equiparado al temario o cuestionario (repertorio de temas o cuestiones, agrupados con criterios más o menos propios, que, en algunas ocasiones, eran incluso heterogéneos), sentido como “una relación más o menos detallada del contenido del estudio”.

Pero esta concepción clásica del Programa, concepción estática y de espaldas a la praxis educativa, adolecía de una serie de errores, entre los cuales los más importantes eran no tener en cuenta a las personas a las cuales estaba destinado el programa, así como los medios o metodología, cuya aplicación adecuada o sistemática era la premisa “maior” para la asimilación de los contenidos expuestos en el programa, y que eran olvidados de forma recalcitrante, confiados a la habilidad y buena fe del profesor; asimismo en el programa clásico no estaban debidamente explícitos los objetivos.

Modernamente, el Programa es concebido en forma dinámica, como “ordenación secuencial del contenido informativo (explicación) y reactivo (actividades) en función de un aprendizaje específico”, que se extiende, por tanto, a todas las actividades culturales educativas. Es decir, PROGRAMA es igual a PROYECTO DE ACTIVIDADES.¹

En todo Proyecto debe establecerse una relación especial entre las personas (en este caso alumnos / as) y los objetivos, y a la consecuencia de estos se adecuan los medios. En realidad, lo que desencadena todo el proceso educativo, y es la razón del programa, son los objetivos, o contenido del aprendizaje; es decir, ideas que deben ser adquiridas, capacidades que deben ser desarrolladas, hábitos que deben ser iniciados o reforzados en los alumnos. Por eso, previamente a la formulación de objetivos, se deben determinar a qué alumnos va dirigido el programa; es de vital importancia, y a ellos se han de referir los límites de variabilidad, tener en cuenta no sólo la edad y psicología de los alumnos, sino también la capacidad mental, la experiencia y conocimientos adquiridos y el interés del alumno-medio o alumno-tipo.

El segundo paso debe ser la formulación de objetivos. De tal modo debe estar realizada que los objetivos puedan ser sometidos a comprobación experimental : “Cada objetivo debe exactamente decir qué es lo que un alumno no tiene que ser capaz de hacer para mostrar su dominio de unos conocimientos o destrezas determinadas (...). Los objetivos deben expresarse con verbos de acción, tales como resolver, explicar, enumerar, describir, etc.”².

El Programa debe ser dividido en unidades homogéneas, con un contenido perfectamente distribuido, que a su vez, debe darnos unos objetivos nítidos. Una vez

¹. La enseñanza programada es definida por la UNESCO como "la presentación de la materia, objeto de la enseñanza, en forma gradual, en pequeñas dosis, organizada de manera que el alumno pueda comprobar inmediatamente hasta qué punto está aprendiendo. Para lograr este objetivo, el alumno ha de participar activamente en la enseñanza, escribiendo, respondiendo, hablando y practicando" (J. Mesanza López, "Enseñanza Programada" en *Anuario de la educación*, 74, 1974). Asimismo F. M. Rubbens la entiende como "organización rigurosamente lógica, aprendizaje sin errores, individualizada, autoinstrucción, participación activa, captación inmediata del poder de concentración, interés y control inaplazable del rendimiento alcanzado" (Cf. *Ibídem*). Son formas que estimulan y desarrollan algunos hábitos de estudios.

². R. G. SCANLON, *Individual and Prescribed Instruction. Research for Better Schools*, Philadelphia, 1966, pág. 3

determinados los objetivos, se procede a establecer los medios. Sin olvidar una motivación adecuada e inteligente. Por ejemplo: un comentario bibliográfico, una breve y atractiva exposición del profesor sobre los aspectos más importantes de la materia.

En los trabajos en grupo los alumnos sacarán conclusiones sobre el interés que el tema despierta en ellos y los aspectos que parecen más interesantes y que, por tanto, deberán ser tratados con mayor detenimiento. Tras esta motivación inicial, el alumno debe ser constante, encargándose el profesor de: Fomentar los intereses espontáneos del alumno, sugiriéndole la idea del éxito. Mantener, constantemente vivo, el paralelismo enseñanza-vida. En este caso concreto, Literatura-vida. Que la literatura les sirva no sólo para su formación sino también para su vida personal y social. Es una forma capital de motivación. Tampoco se pueden olvidar los medios de espacio y tiempo. Es necesario programar por separado las actividades. Como medio de aprendizaje es también muy importante la selección y utilización del material, tanto estrictamente material como el visual, materiales de texto, que tienen una diferencia esencial respecto a los libros de textos. La tarea del profesor, en este punto, consiste no sólo en seleccionar el material, sino adecuarlo hábilmente a los alumnos, de modo que sea posible el enriquecedor encuentro sujeto-capaz de conocer / objeto-capaz de ser conocido.

Antes de adentrarnos en el desarrollo de la materia programada, convendría quizá esbozar algunas ideas sobre ella. Lo primero que tenemos que hacer es establecer la ecuación: PENSAMIENTO HUMANO = LENGUAJE = PALABRA. De nada serviría si alguien quiere decir algo y no encuentra las palabras adecuadas. El pensamiento se esfuma y las ideas no se concretan. De ahí que la lengua ocupe un lugar destacado en la literatura. Ambas se necesitan. Si la lengua es el medio habitual de comunicación humana y, por tanto, de la necesidad de su estudio, debemos hacer hincapié, también, en el valor de otra de las creaciones humanas: la literatura. Problema difícil es plantearse el hecho literario como materia de estudio y pretender llegar a trazar la línea que separa lo literario de lo no literario. Muchos criterios se han defendido, sin que el correr de los siglos haya sido capaz de responder, de una vez para siempre, a la pregunta: ¿Qué es la literatura? No es nuestro intento abordar el problema, y, por tanto, no consideramos oportuno recoger muchos de los criterios y definiciones que parecen más sólidos. Pero sí, al menos, algunos rasgos que son como el soporte de la misma. Y liberarnos, sobre todo, de muchos condicionamientos y servidumbres económicas y sociales. La literatura se debe mostrar como auténtica y libre creación artística. El conjunto de palabras, mitos e ideas tienen que estar en el ámbito cercano del diálogo, para que éste sea fecundo, humanista, como algo necesario para el ser humano. Desde sus orígenes, la literatura se ha emparentado con el mito.

El académico Fernando Lázaro Carreter aborda el concepto de la literatura sin que hasta el momento hayamos llegado a una definición que abarque todo: “la pregunta qué sea la literatura lleva planteada dos milenios, sin que ninguna de las respuestas haya merecido adhesiones estables”³. Sin embargo, se aventura a definirla como “un conjunto de mensajes de carácter no inmediatamente práctico; cada uno de estos mensajes lo cifra un emisor o autor con destino a un receptor universal, constituido por todos los lectores potenciales que, en cualquier tiempo o lugar, acudirán voluntaria o fortuitamente a acogerlo. Este mensaje conlleva su propia situación; lo cual implica que, para adquirir sentido, debe instalarse en la peculiarísima circunstancia de cada lector, constituyendo

³ LÁZARO CARRETER, F., *Estudios de lingüística*. Barcelona, Crítica, 1980, pág. 113

una situación de lectura apropiada. Por último, la obra literaria, en función de que debe mantenerse inalterada y ser reproducida en sus propios términos, se cifra o escribe en un lenguaje especial, cuyas propiedades generales se instalan en las del lenguaje literal, y cuyas propiedades específicas deben investigarse”⁴. El profesor Andrés Amorós insiste en esta idea: “la literatura temprana es la expresión escrita de la mitología; al fijarse por escrito, los mitos corren el peligro de morir fosilizados. En todo caso, el proceso creativo es la zona oscura donde se unen, más o menos profundamente, lo mítico y lo literario, porque como ya vimos, lo inconsciente es un factor decisivo en la creación artística”⁵. Su significación ha evolucionado con el paso del tiempo. El término literatura designa el arte de las letras o de la palabra, según la etimología latina: “litterae”, letras. Por extensión también llamamos literatura al conjunto de obras escritas a través del tiempo, de ahí “historia literaria”; y a los estudios y análisis, “crítica literaria”.

Uno de los primeros orígenes del término lo hallamos en Quintiliano en *Institutioni oratoriae* como “instrucción, saber relacionado con el arte de escribir y leer, o también gramática, alfabeto, erudición, etc.”⁶. La más sencilla definición de la literatura es la *expresión de la belleza por medio de la palabra*, que abarcaría a la literatura oral y a la literatura escrita. Si nos adentramos en los tres vocablos comprenderemos mejor la obra literaria. Para el filósofo Benedetto Croce, la belleza clásica sólo puede expresarse a través de la poesía. Alfonso Reyes distingue entre “literatura en pureza” y “literatura ancilar”, esta contemplada como una literatura menor. Santo Tomás entendía la belleza “como un placer desinteresado y espiritual”, más allá de lo agradable. Aquélla para adquirir, verdaderamente, las capacidades creadoras de belleza. La belleza se dirige al sentimiento y a la fantasía. Kant hablaba de una armonía entre la inteligencia y la imaginación. Lo armónico es esencial para la belleza literaria. La expresión, según el diccionario, significa establecer ideas y sentimientos a través de un medio material con intención de conmover, diferencia clave con la comunicación. Y la palabra como eje primordial de la belleza.

En España el vocablo “literatura” comenzó a usarse en el año 1490 como un cultismo derivado del término latino “litteratura”, que procedía, a su vez, de “litterae”, con significado de erudición, conocimiento de bellas letras, al estilo de la escritura, al alfabeto, a la gramática”⁷.

El uso del término se generalizó a partir del siglo XVIII con sentido diferente al actual. Entonces se aludía al conjunto de libros impresos, sin importar cuál fuera la materia que tratara. *Letrado* venía a significar persona leída, instruida en la lectura de libros. A partir del siglo XIX, la idea de literatura se precisa y deja de tener un sentido amplio. Es la burguesía la que transforma las relaciones entre el escritor y el lector. A partir de esta idea, los estudios literarios fueron convirtiéndose en materia especializada; evidentemente se requerían determinados saberes. El concepto de lo literario, pues, adquirió nuevos contenidos. A partir del Romanticismo, la literatura hará referencia a los textos imaginativos, creativos. La calidad de la obra estará asociada al gusto y sensibilidad estética, más que al saber; después se sancionará por la opinión de la crítica especializada. Un hecho capital en este siglo fueron los cuentos y los mitos, que habían sido desprestigiados por el pensamiento racionalista, pasaron a ser considerados como portadores de verdades imaginarias de gran valor estético.

⁴ Ibídem, págs. 172-192

⁵ AMORÓS, A., *Introducción a la literatura*. Madrid, 1989, pág. 75

⁶ . Recogido de Aguiar e Silva, *Teoría de la literatura*. Madrid, Gredos, 1981

⁷ COROMINAS, J., y PASCUAL, J. A., *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid, Gredos, 1992, pág. 636

El diccionario de la Lengua Española la define como “Procedente de la palabra latina *litteratura*. Arte que emplea como instrumento la palabra. Lo literario comprende no solamente las producciones poéticas sino también todas aquellas obras en las que caben elementos estéticos, como las oratorias, históricas y didácticas”. Domingo Ynduráin la define como una realidad multívoca, de difícil conceptualización: “como en cualquier otro concepto o idea, hay un núcleo que parece claro, pero las zonas periféricas se desdibujan, llegando a confundirse con otros campos vecinos”⁸.

La relatividad del concepto literario es defendido por A. J. Greimas, que nos advierte: “la literatura, en cuanto discurso autónomo que comporta en sí sus propias leyes y su especificidad intrínseca, es casi unánimemente negado, y el concepto de “literariedad” que quería fundarla es fácilmente interpretable como una connotación socio-cultural, variable, según el tiempo y el espacio humanos”⁹.

¿Por qué la literatura? Porque es la muestra más viva que tenemos los seres humanos. Los conocimientos y vivencias de todo tipo lo hallamos en los libros, que nos relacionan con las experiencias ajenas y nuevas. Es, en fin, un enriquecimiento. Así lo ha entendido la novelista Almudena Grandes al escribir que las lecturas de las obras literarias cristalizan las propias experiencias vividas o soñadas: “La literatura no es más que emoción, vida de más para quienes ya están vivos, risas para los que ríen, lágrimas para los que son capaces de llorar, memoria que llama a los recuerdos de la gente, pasión que despierta pasiones y, por supuesto, diversión, entretenimiento, tensión y dolor, días de nuestra existencia, de la existencia del mundo”¹⁰.

Uno de los textos más citados por la crítica literaria en el siglo XX fue la pregunta que se hizo Jean Paul Sartre en el año 1947 en la que se recogen dos partes: ¿“Por qué escribir?”, “¿qué es escribir?”. Sin duda, Sartre explicitaba su concepto de “literatura comprometida”, que tanto influiría en los escritores de los años cincuenta y sesenta. En España, concretamente, no sólo se pondría como paradigma en las novelas más significativas de los autores del “realismo social”, sino en los primeros balbuceos de casi todos los escritores de lo que se ha denominado como “Generación de los cincuenta”. Las ideas de Jean Paul Sartre contra la “literatura burguesa” se convirtió en el maná de los escritores de una Europa que tenían presente los males de la guerra y, más terrible, el holocausto.

Más reciente, el escritor Juan Goytisolo en esa defensa que hace de los que no tienen voz, no sólo en el campo de la crítica y, por ende, de la literatura, sino también de las diversas minorías de la sociedad, ha defendido la literatura como lo más cercano al ser humano: “Tal es la esencia de la literatura y el núcleo de su ejemplaridad; expresión del ser humano no amputado ni reducido a uno de sus múltiples componentes. Palabra liberada merced a la cual puede escapar a la cosificación, a la decretada condición de cliente de la llamada Tienda Global...”¹¹.

Desde otra atalaya, el escritor y periodista Manuel Vicent insiste en el aspecto mercantil que tiene hoy la literatura; “los libros se exhiben ahora con la carátula y no con el lomo..., y la fugacidad de las obras, que aparecen y desaparecen en cuestión de pocas semanas, conduce a un darwinismo que entraña una gran frivolidad”¹². A pesar de todo,

⁸ YNDURÁIN, D., *Introducción a la metodología literaria*. Madrid, SGEL, 1979, pág. 193

⁹ GREIMAS, A. J., *Ensayos de semiótica poética*. Barcelona, Planeta, 1976, pág. 6

¹⁰ GRANDES, A., *El descubrimiento de una tradición*. Madrid, Asociación de Profesores de Español, 1991

¹¹ GOYTISOLO, J., *El bosque de las letras*. Madrid, Alfaguara, 1995, pág. 12

¹² Entrevista de Miguel Á. Villena con ocasión de la entrega del II Premio Alfaguara

todavía, los libros buenos triunfan con el de “boca en boca”; son los que llamamos literarios.

Vargas Llosa ha reivindicado la literatura como motor de la libertad y la crítica. Es purificadora en todos los ámbitos de la vida y además “es buena para el lenguaje, porque ayuda a hablar mejor, a pensar coherentemente, a matizar todo lo necesario y a expresar los sueños, los fantasmas y las pasiones”. Frente a la parcelación del saber, “la buena literatura nunca se especializa; es nuestro común denominador, la cultura en la que nos reconocemos. Defiende la libertad, nos enseña a no caricaturizar al otro, y por tanto nos aleja del racismo”¹³. Susan Sontag, con motivo del Premio de la Paz de los Editores y Libreros Alemanes, nos daba una definición de la literatura, “como la historia de la respuesta humana a lo que está vivo” (...). La literatura era la libertad. Y, sobre todo, en un época en que los valores de la lectura y la introspección se cuestionan con tenacidad, la literatura es libertad.”¹⁴.

La literatura es algo inherente a la persona; es como el agua y el pan. Su utilidad, por tanto, no necesita de la demostración. En opinión de Luis García Montero “nada hay más útil que la literatura, porque ella nos enseña a interpretar la ideología y nos convierte en seres libres al demostrarnos que todo puede ser creado y destruido, que las palabras se ponen unas detrás de otras como los días de un calendario, que vivimos, en fin, en un simulacro decisivo, en una realidad edificada, como los humildes poemas o los grandes relatos, y que podemos transformarla a nuestro gusto, abriendo o cerrando una página, escogiendo el final que más nos convenga, sin humillarnos a verdades aceptadas con anterioridad”¹⁵.

En mis clases siempre insisto en la obra literaria como foco irradiador de todo, y hago mío lo que ya escribió Pedro Salinas acerca de “leedores” y “lectores” en su *Defensa de la lectura*. Los “lectores” están llamados a interpretar la obra literaria, a que la imaginación descubra nuevos vericuetos en que depositar el ansia del saber. Por desgracia en los planes de estudio siempre hemos ido a remolque en lo concerniente a la literatura. La literatura es algo vital, como el aire que respiramos; en palabras de Antonio Muñoz Molina “la literatura nos enseña a mirar dentro de nosotros y mucho más lejos del alcance de nuestra mirada”¹⁶. Hay que desterrar de una vez, y en parte tenemos la culpa los docentes, la idea de concebir la literatura como un catálogo abrumador de fechas y nombres; esta sería una forma perniciosa de entender la literatura. La literatura hay que hallarla en ese soliloquio para después ventearla a los demás; “donde está y donde importa la literatura es en esa habitación cerrada donde un hombre escribe a solas a altas horas de la noche, en el dormitorio de un niño que se desvela leyendo a Emilio Salgari, en el aula de un Instituto donde un profesor sin más ayuda que su entusiasmo y su coraje le transmite a uno solo de sus alumnos el amor por los libros”¹⁷.

de Novela en el diario *El País*. Madrid, 3 de marzo de 1999, pág. 39

¹³ VARGAS LLOSA, M., Entrevista de Miguel Mora al escritor con motivo del cierre de un ciclo sobre valores en Madrid. En el diario *El País*, 25 de febrero de 2000, pág. 50

¹⁴ SONTAG, S., “Literatura es libertad” en el diario *El País*. Madrid, 15 de octubre de 2003, pág. 38

¹⁵ GARCÍA MONTERO, L., y MUÑOZ MOLINA, A., *Por qué no es útil la literatura*. Madrid, Hiparión, 1993, págs. 39-40

¹⁶ MUÑOZ MOLINA, A., *Por qué no es útil la literatura*. Madrid, Hiperión, 1993, pág. 57.

¹⁷ *Ibíd.*, pág. 60. Recordemos también el siguiente pensamiento de este periodista y escritor: “Como el agua y el pan, como la amistad y el amor, la literatura es un atributo de la vida y un

La teoría literaria, el estructuralismo, a partir de las premisas del formalismo ruso y del Círculo de Praga, propició la ruptura con la enseñanza de la historia literaria. El Congreso de Cérisy-La Salle de 1969, dirigido por Todorov y Doubronski, constituyó un punto de referencia en el proceso que llevó a la creación del modelo didáctico centrado en la explotación interpretativa del texto. En los países, por ejemplo, anglosajones, se obviaba lo que entendemos por manual histórico, se situaban más en la escuela pragmática, expresión del “New Criticism” y de la crítica objetiva en el campo de la pedagogía, volcada, primordialmente, al “reading”. El aprendizaje volcado, sobremanera, al análisis estilístico del texto y a la lectura. En los Estados Unidos se fue más lejos al propiciar una enseñanza centrada en la experiencia individual de los estudiantes.

En la actualidad somos muchos los profesores los que encontramos en el comentario de texto los cimientos de una gratificante educación lingüística y literaria. Incluso, en el mercado editorial, hallamos diversos manuales que recogen las distintas vertientes del comentario de texto¹⁸. Sólo nos resta a enseñantes y alumnos /as reflexionar y trabajar en él. En definitiva, ser lectores, que no es poco. Huelga cualquier comentario sobre los que todavía se resisten a considerar el hecho literario como fundamental. La finalidad no puede contemplarse a corto plazo, salvo el placer del lector ante lo bello; pero la dinamicidad de la literatura en el mundo actual cobra un singular interés. No puede ser de otro modo ya que en ella se encuentran los parámetros por los que nos desenvolvemos en la vida. Sin esa literariedad nos faltaría la savia de nuestro conocimiento existencial. En palabras de J. P. Sartre, “si cada frase escrita no halla resonancias en todos los niveles del hombre y de la sociedad, no significa nada”. La utilidad o no de ésta no tiene consideración como tal; ¿cómo vamos a pensar sobre algo que es inherente al ser humano? ¿Cabe más norte que prever lo que acontecerá, como consecuencia de la comprensión del presente?

Tampoco indagemos por su definición, y adentrémonos en un campo vital en la formación de las personas, porque como nos apostilla Juan Luis Alborg en su libro *Sobre la crítica y críticos*, “si se llegara a saber un día en qué consiste, si se lograra su científica definición, si los problemas que se discuten dejaran de ser problemas, opiniones, puntos de vista, pareceres, para convertirse en certezas, la literatura - como el arte, como todas las cosas que no son ciencia de verdad- perecerá sin remedio”¹⁹.

Por eso “la misión del profesor de Literatura española no reside en explicar historia de la cultura, ni en convertir sus clases en un elegante sucedáneo de cultura general”²⁰. Pero tampoco puede convertirse en un mero análisis técnico del texto, sino que, por el contrario, se debe llegar a la estructura profunda, a la realidad social, a la significación nítida de lo que el autor quiso comunicarnos. El mero análisis formal nos conduciría a la inanición literaria. Y como eje dinamizador el lenguaje; en palabras de Octavio Paz: “la

arma de la inteligencia y de la felicidad”. Ahí es donde quiero llegar con mis clases en la Facultad de Ciencias de la Información, y quiero entender que mi mensaje es captado por un buen número de alumnos / as, aunque en un principio queden en arrobamiento por tal pensamiento.

¹⁸. Citemos aquellos nombres que hicieron del comentario del texto literario delicias del lector: Lázaro Carreter-Correa, Bobes Naves, Romera Castillo, Díez Borque, Lacau, Rosetti, Berenguer Carisomo, Varela Jácome, García Posada, Rosa Navarro, Marina Mayoral, Rebollo Sánchez, etc.

¹⁹. ALBORG, J. L., *Sobre crítica y críticos. Historia de la literatura española. Paréntesis teórico que apenas tiene que ver con la presente historia*. Madrid, Gredos, 1991, págs. 27-28

²⁰. GARCÍA POSADA, M., *El comentario de textos literarios*. Madrid, Anaya, 1982, pág. 10

realidad básica y determinante de una literatura es la lengua. Es una realidad irreductible a otras realidades y conceptos, sean estos históricos, étnicos, políticos o religiosos”²¹.

La dicotomía lengua-literatura se complementan y dan como resultante una mayor amplitud de conceptos de la obra literaria; ésta es una prodigiosa forma de comunicación creada para la cultura”²². Además, todo texto literario nace de la capacidad que tenga el escritor para la utilización del código lingüístico; el artífice de la simbiosis literatura-lengua debe tener sumo cuidado con las expresiones porque éstas quedarán, con el paso del tiempo, impresas; de ahí que la literatura “conservar usos que el habla había olvidado por completo”²³. No pueden concebirse los textos literarios como meros reductos del pasado y crear un vacío que nos inunde. Nuestra meta, necesariamente, tiene que ir a la reconquista del lenguaje; tiene que unir, ensamblar para poder identificarnos. Se puede, en fin, plantear con rigor ese código de señales que nos eleve al pensamiento, “construyendo nuevos y muy complicados andamiajes para otear las perspectivas de posibles análisis”²⁴.

No nos queda otra opción a los profesores / as de literatura que meditar sobre la fórmula que deberíamos adoptar en una sociedad consumista y compleja. Pero siempre partiendo de la premisa fundamental: “el comentario de la obra literaria, del texto literario”. La objeción, la crítica, el contraste de pareceres entre el autor y los lectores debe prevalecer, aunque sólo sea como algo lúdico. El hábito de este ejercicio, naturalmente, nos tiene que conducir a la disensión y, por ende, a la comprensión. Sería presuntuoso que el profesor impartiera sus conocimientos y los educandos copiaran en clase para después memorizar; desde mi punto de vista, el fracaso sería abismal.

Todo nos tiene que llevar a una posición activa y creadora que es, en realidad, lo que se pretende. El lenguaje literario se ensancha, enriquece la forma de comunicarnos, y el efecto de crear y de fijar las palabras constituyen hechos significativos dentro de la literatura, y ésta, a su vez, como nos recuerda Rafael Lapesa requiere una serie de modalidades que se cifrarían en “claridad, propiedad, rigor, expresivo, decoro, corrección, armonía, abundancia y pureza”²⁵. Pero en la práctica, aunque se consideran fundamentales, son cotas difíciles de alcanzar, y nadie está exento de caer en lo contrario. Sin embargo, el dominio del lenguaje debe ser nuestra máxima si queremos llegar a construir pensamientos que sensibilicen al posible lector; de lo contrario, daremos razón a lo agoreros que anuncian el final de la era Gutenberg, “y el comienzo -según José Miguel Ibáñez- de la audiovisual, sensorial, irreflexiva: imágenes, sólo imágenes; no aquellas venerables imágenes creadoras del arte y la poesía, sino estas otras, instantáneas, convencionales, planas de los actuales medios de comunicación”²⁶.

La lectura se convierte en placer cuando entra en juego nuestra capacidad de creación, es cuando la obra literaria construye un mundo real o imaginario que se desarrolla, en un momento dado, en la mente del lector, y éste la proyecta. En este proceso de lectura, “el receptor de la obra tiene que elegir entre las virtualidades que se le ofrecen, hasta tal punto de que cada lectura es, por lo general, una actualización individual del texto, cada lectura es un acto de selección”²⁷. La interpretación, por tanto, como premisa del

²¹. PAZ, O., *In/Meditaciones*. Barcelona, Seix Barral, 1979, pág. 26

²². VARELA JÁCOME, B., "Análisis estructural de novela, poesía y teatro" en *Métodos de estudio de la obra literaria*. Madrid, Taurus, 1989, pág. 685

²³. LAPESA, R., *Introducción a los estudios literarios*. Madrid, Cátedra, 1981, pág. 30 y ss.

²⁴. ALONSO, D., "Prólogo" en *El español de hoy, lengua en ebullición* (de Emilio Lorenzo). Madrid, Gredos, 1980, pág. 9

²⁵. LAPESA, R., op. cit., pág. 33

²⁶. IBÁÑEZ, J. M., *Introducción a la literatura*. Pamplona, E.U.N.S.A., 1979, pág. 17

²⁷. ACOSTA, L. A., *El lector y la obra*. Madrid, Gredos, 1989, pág.175

análisis del texto, sin olvidar la crítica. Ambas, comprensión y valoración se aúnan en el comentario para llegar a la especificidad del texto analizado, en el que debemos buscar, a través de la forma, la acción significadora. Tal aserto nos introduce en los diagramas que el autor construye en el plano del contenido, y a estos sumemos los del lector, que no tienen por qué coincidir plenamente, sobre todo si escrutamos todas las posibles salidas de la interpretación textual, no sólo en los significados sino en las significaciones.

Definir el sentido de un texto es hallar el punto de convergencia entre la obra y la interpretación, a veces, harto difícil. Esta estética de la recepción nos llevaría quizá a la plena comprensión del texto literario; para esto se requiere no sólo conocimiento sino talento interpretativo. El lector se encuentra con el texto y puede fijarse en múltiples acepciones, según observe los diversos modelos de análisis de textos. Varios son estos modelos, aunque los que más han llamado la atención son los estilísticos, los estructuralistas y los hermenéuticos, sin que estos sean el ungüento salvador de la comprensión textual. Todo lo que hagamos en este sentido, debe partir del referente temático. De ahí la importancia que tiene la comprensión antes de ponernos a comentarlo desde el punto de vista que elijamos. No existe un método indefectible como axioma para cualquier texto, dependerá de cuál sea éste, y, también de los conocimientos y la aptitud del comentador. En suma, el texto literario como objeto de reflexión. Es obvio, por consiguiente, que una vez marcadas las pautas del texto que estén en consonancia con él, se sabrá discernir lo adecuado que es explicar el hecho literario desde el comentario²⁸.

No podemos olvidar que el objetivo primordial es la formación. El objetivo general sería ampliar la comprensión y la expresión oral y escrita, lo que permitirá a los alumnos / as expresar más fielmente sus vivencias personales, y recepcionar de forma más perfecta los mensajes de su entorno. De ahí que los objetivos perseguidos sean: aumentar la capacidad de reflexión y análisis. Con la literatura el alumno / a se adentra en géneros, registros y estilos, lo que permite la reflexión sobre diferentes modelos textuales y aspectos comunicativos que han servido a los seres humanos para transmitir pensamientos, emociones en diferentes contextos. Ayudar al conocimiento e interpretación de la cultura, así como al conocimiento e interpretación de las obras literarias. No podemos olvidar que la literatura es la memoria universal de la humanidad, el archivo de las fantasías, emociones e ideas. El hábito de la lectura debe ser el común denominador para desarrollar el sentido crítico, acceder, a través de los textos literarios, a la experiencia cultural de otras épocas y otras formas de pensamiento. Exigencia de la lectura a la reflexión y de ésta a la lectura. Un aprendizaje bien dirigido coadyuva al conocimiento, a la comprensión de nuestro comportamiento y al enriquecimiento en múltiples caminos. La obra literaria servirá de sedimento para incrementar nuestras potencialidades como creadores. La creatividad nace de la lectura y es un medio primordial. Las lecturas obligatorias son una necesidad. Pero también el conocimiento de los movimientos literarios, así como sus autores y obras. Por eso en la metodología, el punto inicial de todos los temas es el “contenido teórico”. Adquirir la capacidad necesaria para comprender textos. El manejo de la terminología apropiada, de tal modo que la reflexión y la explicación de los mecanismos que rigen la organización de un texto sea entendida con nitidez. Los textos no sólo deben ser propiamente literarios, sino también científicos, periodísticos, humanísticos. Asimilar los

²⁸. No me cabe la menor duda de que los padres del comentario del texto literario en lengua castellana o española son Lázaro Carreter y Correa Calderón. En efecto, la difusión del libro *Cómo se comenta un texto literario*. Madrid, Cátedra, ha servido a muchos docentes y estudiantes para descubrir posteriormente otras vías de estudio.

conocimientos e interpretaciones de los fundamentos históricos y filosóficos para comprender mejor los géneros literarios. El trabajo autónomo y las técnicas de trabajo se deben desarrollar como basamento de la formación. No deben faltar las fuentes de consulta e investigación, así como aquellas técnicas, hoy día, necesarias, que faciliten el proceso del aprendizaje y sirvan para exponer oralmente todo tipo de textos o para redactar. Las técnicas de búsqueda, elaboración y presentación de la información son medios que ya se han significado en el campo de la filología. Las relaciones entre los alumnos /as debe ser una constante para adquirir unas destrezas que van más allá de las ideas, como tolerancia y el respeto. Comprensión y producción de discursos orales y escritos, dependiendo del curso en el que se encuentren. En definitiva, penetrar en el conocimiento de la obra literaria como unidad y fragmentación. Lo habitual debe ser el trabajo con textos, en unas ocasiones para analizarlos e interpretarlos, e incluso, la necesidad de que los alumnos / as experimenten y disfruten con las posibilidades creativas.

La regla que debe presidir la enseñanza de la literatura es la precisión (“lo bueno, si breve, dos veces bueno”). Las explicaciones deben ser breves, deben limitarse a lo básico, dejando al lado lo accesorio. Sin olvidarnos del fundamento de la literatura: los textos. Aquí es donde el lector puede hallar esos saberes que desconoce y la forma de imitarlos. Para un crítico, en ciernes, por ejemplo, es capital. Pero, hoy día, como se hacía en la antigüedad, habría que añadir el debate como algo esencial para llegar a comprender mejor los textos literarios, base de lo que estamos defendiendo.